Si mil veces naciera, mil veces volvería a ser comunista...

PAZ Y SOCIALISMO

PAZ Y SOCIALISMO

Si mil veces naciera, mil veces volvería a ser comunista...

EDITORIAL
PAZ Y SOCIALISMO
PRAGA 1963

En la primavera de 1963, el poeta comunista español Marcos Ana, en su visita a la Redacción de REVISTA INTERNACIONAL, recordó la vida y la lucha de los presos políticos españoles en las cárceles franquistas. Un resumen de su relato lo publicó la revista en el número 6 de este año. En este folleto se reproducen en forma más completa las evocaciones de Marcos Ana.

El porvenir es del comunismo

«El comunismo», «los comunistas». Estas palabras se repiten cada día y cada hora por radio, en la prensa, en la televisión; pueden oirse en los discursos de personalidades políticas y en conversaciones particulares. Unos las pronuncian con espanto y odio, otros con amor y esperanza. Pero no todos los que las escuchan saben qué es el comunismo y quiénes son los comunistas. Para ellos se ha escrito este pequeño folleto.

Las páginas que siguen son el relato del comunista español Marcos Ana sobre su vida y su lucha. Su vida es legendaria. Pasó 23 años en la cárcel, frecuentemente fue torturado, dos veces estuvo condenado a muerte. Pero los verdugos no consiguieron ponerle de rodillas: en las condiciones más difíciles e inhumanas continuó la lucha. ¿Por qué pudo mantenerse con tal estoicismo y dignidad? Por su fe en el comunismo, en su triunfo.

Así como a la noche sigue el día, al viejo régimen, asentado sobre la explotación del hombre por el hombre, sobre la miseria y la opresión de la mayoría del pueblo, lo sustituirá ineluctablemente un régimen nuevo, en el cual no se dividirán los seres humanos en ricos y pobres, en explotadores y explotados, sino que será instaurado el verdadero reino de la libertad, la fraternidad, la igualdad, la felicidad, el trabajo y la paz.

Por este ideal ha luchado, sigue luchando Marcos Ana, juntamente con millones y millones de comunistas de todo el mundo. Este ideal es el comunismo. Expresa el sentir y las aspiraciones de los trabajadores, que son la mayoría en nuestro planeta. Por eso la palabra «comunismo» la pronuncian con tanto cariño y esperanza los hombres del trabajo. Y esta palabra suena a rebato en la martirizada España que lucha.

Esta palabra produce espanto y odio en el general Franco, dictador y verdugo del pueblo español. Franco aplastó la libertad e implantó el Poder de un puñado de potentados capitalistas, condenando al pueblo trabajador de España al hambre y la miseria. Franco y sus secuaces llegaron al Poder a través de un mar de sangre, vertida en la guerra civil desencadenada por ellos en 1936, y después de derrocar el Gobierno legítimo de la República. Fran-

co arribó al Poder apoyado por las bayonetas de Hitler y Mussolini, los dos jefes del fascismo que pretendieron convertir el mundo entero en un inmenso campo de concentración, donde dominasen los capitalistas-racistas alemanes e italianos.

El fascismo fue derrotado en la segunda guerra mundial, y los cadáveres de Hitler y Mussolini se pudrieron hace tiempo. Pero han quedado partidarios de los fascistas. Precisamente gracias a ellos, todavía se mantiene Franco en el Poder, aunque la tierra tiembla bajo sus pies. Los protectores de este verdugo y asesino son hoy los imperialistas norteamericanos y otros, con los que Franco coincide en el odio y el miedo al comunismo, a los luchadores por el comunismo, como Marcos Ana, como Julián Grimau y tantos y tantos otros.

En 1962, el movimiento de solidaridad con los presos políticos españoles alcanzó una gran victoria: Marcos Ana fue arrancado de las garras de los carceleros franquistas. Ahora recorre muchos países del mundo para relatar a los pueblos la gesta de los que luchan contra la dictadura franquista, el duro destino de quienes tras las rejas carcelarias no cejan en la pelea contra el vandálico régimen de Franco. Sus camaradas, combatientes por la libertad de España, llaman hoy a Marcos Ana embajador extraordinario de la España martirizada.

El alto honor de representar a la España combatiente ante los pueblos del mundo le ha sido concedido a Marcos Ana porque su vida es un hermoso ejemplo de firmeza revolucionaria.

Marcos Ana (seudónimo de Fernando Macarro Castillo) nació el 20 de enero de 1921 en Ventosa del Río Almar, provincia de Salamanca. En su infancia le prepararon para seguir el camino de la religión. En Alcalá de Henares, adonde se había trasladado con su familia, fue designado para ocupar varios cargos en las congregaciones católicas. Pero la religión no le descubrió la verdad que ansiaba conocer Fernando Macarro. Esta verdad le fue revelada un día en que casualmente asistía a un acto de la Juventud Socialista Unificada en Alcalá de Henares. «Se apoderó de mí un gran entusiasmo revolucionario; fue como si de repente conociera la verdad y me enamorara de ella», dice el poeta. Entonces tenía quince años.

Desde aquella fecha comienza la actividad revolucionaria de Fernando Macarro, el futuro poeta Marcos Ana. Uno de los dirigentes del Partido Comunista de España, que estuvo en el Penal de Burgos con Fernando Macarro, dice de él:

«Cuando estalló la sublevación fascista tenía 15 años. Se incorporó voluntario a la lucha como un combatiente más. Ingresó en

las filas de aquella cantera de héroes que era la Juventud Socialista Unificada. Fue comisario político en el Ejército y, como tal, un animador de la moral de sus soldados. Cuando terminó la guerra fue encarcelado, procesado y condenado a muerte. Poco más tarde lo indultaron.

Las torturas, la prisión de castigo, en Ocaña como en Porlier, no ablandaron el temple de granito del militante juvenil que se forja en la cárcel como dirigente responsable... Y el militante heroico de la juventud, pleno de romanticismo revolucionario, que en la cárcel fortalece su conciencia comunista, que adquiere un mayor conocimiento de nuestra teoría, un mayor dominio del marxismo-leninismo, un más pleno sentido de la responsabilidad y de su deber, estudia, se forja, escribe y se hace poeta.»

Acerca de cómo se hizo poeta, el propio Fernando Macarro dice: «... Entonces yo pensaba en los camaradas encerrados en la cárcel: cada uno de ellos sabía algo, era apto especialmente para algo. Yo debía aprender de cada uno de ellos lo que ellos sabían... Desde que era un niño, militando en las filas revolucionarias de la juventud, tuve ocasión y necesidad de escribir mucho en los periódicos, participar en mítines y conferencias, es decir, hice mucha literatura política... Pero jamás se me ocurrió hacer nada artístico ni escribí un solo poema. Fue ya en 1954, después de muchos años de prisión, cuando compuse por primera vez un pequeño poema. Entonces comprendí que aquello era una nueva fuerza, que con ello podría alumbrar la noche de nuestras cárceles, que con el dolor y la esperanza de mis compañeros yo podía crear la palabra para llamar a la conciencia y al corazón del mundo. Y así empecé a escribir.»

De esta manera el preso Fernando Macarro se convirtió en el poeta Marcos Ana. Marcos era el nombre de su padre, muerto en la guerra. Ana se llamaba su madre. Ella murió de parálisis de corazón cuando se enteró de que su hijo había sido condenado a muerte. Con los nombres de sus padres unidos formó su seudónimo el poeta.

«Marcos Ana, ya poeta —dice su antiguo compañero de cárcel, más arriba citado—, horada con sus versos los muros de la prisión. Sus poemas salen fuera de las fronteras de España, canta el dolor y la angustia, pero también la confianza en la lucha y la fe en la victoria.»

En la cárcel, Marcos Ana, con sus pensamientos y con su corazón, se dirigía frecuentemente a los pueblos de los países socialistas, a Lenin, fundador del primer Estado de obreros y campesinos.

En los éxitos de los países socialistas veía Marcos Ana la realidad, la proximidad del comunismo, del ideal por el que luchaba con tanta abnegación. Su corazón se llenaba de alegría con la certidumbre de que en una sexta parte del globo terrestre, en la Unión Soviética, ya durante la vida de la presente generación será construido el comunismo, el régimen más justo sobre la Tierra.

En nuestra época de grandes transformaciones, los destinos de la humanidad están ligados a la solución del problema principal: la coexistencia pacífica o una guerra termonuclear.

Esta cuestión inquieta a Marcos Ana, lo mismo que a todos los comunistas, a todos los hombres de buena voluntad. «Los comunistas —dice Dolores Ibárruri, presidente del Partido Comunista de España— hemos elegido el camino de la coexistencia pacífica... porque los comunistas luchamos por la vida y no por la muerte, aunque no hemos regateado ni regateamos sangre, vidas ni sacrificios cuando la lucha por la democracia y el socialismo lo exigen.»

Sí, en nombre de la vida, y no de la muerte, lucharon y luchan Marcos Ana y miles de camaradas semejantes a él.

La política de coexistencia pacífica entre Estados de diferente régimen social abre amplios horizontes a la lucha de los trabajadores de los países capitalistas y subdesarrollados por la democracia, el socialismo y el comunismo.

«El pueblo español —declara el Partido Comunista de España—, empeñado en una dura pelea contra la dictadura del general Franco, sabe por experiencia propia que los progresos de la coexistencia pacífica, de la distensión internacional, acentúan la descomposición del régimen franquista y estimulan y favorecen en cambio a las fuerzas de oposición que luchan por establecer una situación democrática en nuestro país.»

Las huelgas del pasado año en Asturias y el País Vasco, la reciente huelga de los mineros en las cuencas carboníferas de Asturias y León y otras gloriosas acciones de los trabajadores de España muestran el auge de la lucha revolucionaria.

Los pueblos de los países socialistas siempre tienden su mano en ayuda fraternal a los combatientes por la libertad, por un futuro mejor para la humanidad. Y hasta a los revolucionarios hundidos en las cárceles de los Estados capitalistas llegan la cálida simpatía y el apoyo de la comunidad de países socialistas. Y esta ardiente simpatía caldeó también el ánimo de Marcos Ana.

Marcos Ana relata...

El Partido del pueblo no puede ser amordazado

... Después de la derrota de la República la situación de nuestro Partido era extraordinariamente difícil. Muchos comunistas se encontraban en las cárceles. Y muchos de los que quedaban en libertad estaban atemorizados. En los primeros años no había realmente ninguna seguridad para el trabajo político del Partido, actuar significaba casi lanzarse a un suicidio. Y sin embargo, pese a que en aquellos primeros años casi todas las semanas caía una u otra organización del Partido, antes de que los detenidos llegaran a la Dirección General de Seguridad, ya se había constituido otro grupo que levantaba la bandera del Partido, y cuando a la semana siguiente caía este grupo, se levantaba otro y otro. Eran hombres que de una manera consciente arriesgaban su vida, pues sabían que en caso de ser detenidos se les fusilaba inmediatamente. Y sin embargo, jamás faltó en la cantera de los comunistas españoles el número necesario para mantener viva la organización del Partido.

En aquel tiempo se encontraba en las cárceles un fuerte núcleo de la organización del Partido. Yo me enorgullezco de haber pertenecido a uno de aquellos grupos. Eramos 36 camaradas. Teníamos grandes tareas, una de ellas consistía en mantener la ligazón permanente con la vida de todo el Partido. Y ahora los presos políticos comunistas continúan manteniendo este enlace constante, y son hoy una parte activa del Partido.

En la cárcel continué la lucha

Yo ingresé en el Partido Comunista en 1937. Por consiguiente, cuando caí en la cárcel llevaba ya bastante tiempo de militante. En la cárcel continué mi vida de combatiente comunista. Yo le debo al Partido toda mi resistencia moral y la manera airosa con que he hecho frente a las dificultades. El Partido me dio fuerza para mantenerme dignamente junto a mis camaradas, a él le debo mi capacidad para resistir con entereza las torturas de la policía.

No me cansaré de repetir que sin el Partido, sin lo que ha significado para mí la vida política de los comunistas en las cárceles, hubiera sido muy difícil mi resistencia. Yo he visto en la cárcel ejemplos trágicos, pero hermosos por su heroísmo. Yo he pasado por el dolor de tener que despedir a innumerables compañeros míos que fueron fusilados; he llevado sobre mis hombros los cadáveres de los compañeros que morían de hambre o de las torturas; me duelen los ojos y el alma de las cosas que he visto. Pero en la cárcel he aprendido las lecciones más hermosas de mi vida: las lecciones de la solidaridad revolucionaria. Y, sobre todo, comprendí que la lucha por la libertad y la felicidad de un pueblo bien merece el sacrificio de toda una vida.

Los comunistas son héroes

Si ustedes piensan lo que suponen 25 años de ilegalidad y que, a pesar de todo, no sólo ha crecido nuestro Partido como organización, sino que se ha intensificado su influencia sobre la clase obrera y el resto del pueblo, comprenderán qué cantidad de dificultades habrá tenido que vencer el PCE.

Su lucha está llena de heroísmo. Los comunistas actúan en España bajo el fuego incesante del enemigo, permanentemente pende sobre ellos el peligro de la detención, de las torturas y de la cárcel. Pero cuando caen en las garras de los carceleros fascistas, tampoco se doblegan. Su conducta ante la policía y ante los tribunales fascistas es ejemplo inquebrantable de valentía.

En los primeros años después de la derrota, los camaradas, ante los tribunales, únicamente podían defenderse. Pero incluso entonces hubo casos como el de José Cazorla, como el de Domingo Girón, Guillermo Ascanio y Eugenio Mesón, que ante el tribunal mantuvieron ya en alto la bandera del Partido y explicaron las posiciones y las ideas de los comunistas. Cuando comenzó realmente nuestro ataque en los tribunales, cuando comenzamos a utilizar el banquillo de los acusados como tribuna revolucionaria fue a partir de los años 45 y 46.

Quizá el primer expediente en este sentido fue el de Santiago Alvarez y Sebastián Zapiráin[1]. Merece especial mención, también,

[1] En la actualidad, el camarada Santiago Alvarez es miembro del Comité Ejecutivo del PCE, y el camarada Sebastián Zapiráin, miembro del CC.

el caso de Simón Sánchez Montero, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, que se hizo responsable de la actividad del Partido y manifestó a renglón seguido que no podía decir ni una palabra más porque se lo prohibían los estatutos del Partido. Los camaradas Ramón Ormazábal, Pedro Ardiaca, Julián Grimau, asesinado por los fascistas, y otros muchos comunistas caídos después en manos de la policía prosiguieron esta ofensiva contra el régimen de Franco y defendieron valientemente las ideas del comunismo.

Y el ejemplo ha sido tan extraordinario que ha contagiado incluso a los no comunistas. Así ocurrió en el proceso contra Ramón Ormazábal, miembro del CC del Partido, en el que fueron encartados hombres que no eran comunistas —estudiantes, escritores, un pintor, etc.—, y entre ellos Antonio Pericás, joven periodista, uno de los subdirectores de la revista falangista **Hierro.**

Este hombre pertenece a la nueva generación, y los miembros del tribunal se extrañaron de que un joven educado en la escuela falangista hubiera caído en aquel proceso. Le acosaron a preguntas, trataron de cercarlo y al final le dijeron si tenía algo que alegar, esperando que pidiera benevolencia ante el tribunal. Y cuando a este hombre le dieron la posibilidad de alegar algo, se expresó de esta manera: «Yo, que soy un hombre libre, pido ahora, con toda la responsabilidad, al miembro del Comité Central del Partido Comunista de España, aquí presente, que me conceda el ingreso en el Partido Comunista.»

La lucha no cesa ni tras las rejas

En las cárceles españolas, los presos políticos hemos mantenido la continuidad de nuestra lucha. Los comunistas nos planteamos la tarea de convertir los presidios franquistas en verdaderas universidades de revolucionarios. Y ahora tenemos la seguridad, y el orgullo al mismo tiempo, de que muchos de los dirigentes de las huelgas de abril y mayo del pasado año se habían forjado en la escuela revolucionaria de las cárceles. En la cárcel estudiábamos todos, hasta los condenados a muerte. Y era triste y conmovedor al mismo tiempo ver que muchos compañeros al anochecer tenían que cerrar los libros y dejarlos sobre sus petates, porque habían sido señalados para morir aquella madrugada.

Y a pesar de todo, seguíamos estudiando y trabajando sin cesar. Entendíamos que no podíamos practicar en la cárcel la filosofía de los haraganes, sino la filosofía del trabajo, la filosofía de los comunistas, que consistía en ver la prisión no como algo definitivo, sino como un tránsito más en nuestra vida revolucionaria.

Nosotros sabíamos que una de las cosas que el enemigo quería era aislarnos, convertir las cárceles en tumbas. Pero se equivocó. Nosotros resistimos. Nos propusimos en primer lugar, y lo conseguimos, no perder nunca el contacto con el Partido, y ello nos dio nueva fuerza; en segundo lugar, nos propusimos tener la mayor y más completa información de cuanto sucedía en nuestro país y en el mundo en general.

La primera obligación que nos impusimos en las cárceles fue salvar a los camaradas que estaban condenados a muerte. Nos esforzamos por establecer contacto con grupos de Partido en el exterior, es decir, en la calle, que se encargaron de organizar la solidaridad con los presos políticos y, especialmente, de mover influencias para salvar a los que tenían en peligro sus vidas. La solidaridad en el interior de las prisiones fue también una de nuestras tareas más urgentes, y una de las fuentes de nuestra fuerza. Porque vivíamos una época terrible, en que los camaradas se morían prácticamente de hambre. Todos los días teníamos bajas en este sentido. Los comunistas dirigíamos esta solidaridad, siendo un ejemplo para los demás presos. Y era verdaderamente conmovedora esa solidaridad; repartíamos todo, el pan y el hambre. Y gracias a eso logramos la mayoría salvar la vida.

Creamos grupos de estudio en el terreno cultural y político, convirtiendo la cárcel, como ya he dicho, en una verdadera universidad. Y yo creo que ha sido esto, además de la justa política del Partido, lo que nos ayudó a llevar la influencia del PCE a otras gentes que no eran comunistas y atraer a las filas del Partido a nuevos camaradas.

El ejemplo de los comunistas en el trabajo y en el estudio, así como en la solidaridad, y la audacia y gallardía con que marchaban hacia el fusilamiento los comunistas condenados a muerte, cantando himnos de libertad y dando vivas al Partido, influían sobre el resto de los presos haciendo que muchos ingresaran en nuestra organización.

Cuando terminó la segunda guerra mundial con la victoria de la Unión Soviética y de todas las fuerzas aliadas sobre el fascismo, nosotros en las cárceles tuvimos un poco más de respiro; el Partido ya había organizado mejor sus filas, habíamos acumulado grandes experiencias de lucha y sabíamos elegir me-

jor el terreno para estás luchas; por eso nos planteábamos batallas más importantes. Por ejemplo, en el penal de Burgos realizamos huelgas del hambre contra la escasez y mala calidad de la comida, contra la falta de ropa, en defensa de nuestra dignidad política y moral frente a los abusos de los funcionarios de prisiones. Mantuvimos importantes luchas para defendernos de la explotación, es decir, luchas en el terreno laboral, por los compañeros que trabajaban en los talleres de la cárcel. Particularmente importantes fueron dos huelgas mantenidas por los obreros de la zapatería y la camisería del penal. A estos camaradas se les obligaba a trabajar sin norma alguna de rendimiento ni de salario, o sea, igual que hacían con los presos comunes, sin tener en cuenta su calidad de presos políticos. En esta lucha sufrimos muchas bajas, ya que un grupo de camaradas, castigados, hubieron de pasar cuatro o cinco años más en la cárcel; pero, a pesar de todo, en el terreno laboral logramos que se concediesen los salarios que estaban establecidos en la zona para los obreros libres.

Hay que advertir y recordar la potestad arbitraria que tienen las llamadas Juntas de régimen o de disciplina, compuestas por el director, el administrador, la madre superiora del grupo de monjas, el capellán de la cárcel, el maestro de la escuela y el médico. Estas Juntas pueden poner en los expedientes de los reclusos notas de castigo de tal naturaleza que impliquen el aplazamiento de su libertad por cinco, seis y hasta ocho años. Naturalmente que esto es completamente arbitrario e injusto.

La lucha quizás más importante que yo he conocido en el Penal de Burgos, la más política al mismo tiempo, fue la elaboración de un documento colectivo solicitando de los poderes públicos nuestra amnistía, y mientras ésta no fuera concedida, toda una serie de disposiciones que dignificasen nuestra vida como presos políticos.

Este documento fue firmado por 357 presos. Una mañana a las 12 del día, toda la población reclusa se congregó, en silencio y con disciplina, ante la Jefatura y una comisión de los presos políticos entregó el documento. Como consecuencia de esa acción colectiva 12 ó 14 camaradas dirigentes fueron encerrados como rehenes en celdas de castigo. Sin embargo, gracias a la fuerte presión del resto de los compañeros, estos hombres tuvieron que ser liberados. Aunque en principio la dirección del establecimiento no concedió todo lo que pedíamos en aquel documento, nuestra victoria se demostró inmediatamente . . . Esta lucha de los presos políticos por sus derechos continúa hoy día, pero ya sobre la base de una gran experiencia.

Hay que librar esta batalla cada minuto...

Después de haber dejado sembrado el camino de millares de militantes del Partido, hemos conseguido ya una organización estable.

La tarea es tremendamente difícil, porque la policía recurre en España a todos los procedimientos y ha elevado a niveles realmente homicidas la tortura contra los detenidos políticos, especialmente contra los comunistas.

Por eso, hay que hacer dos cosas: de una parte, con nuestra propaganda, desenmascarar los procedimientos terroristas y brutales que la policía emplea; pero al mismo tiempo, proclamar que los comunistas somos más fuertes que esos procedimientos y que ellos no tienen fuerza para doblar el corazón de un comunista, si es que sabe situarse en su puesto.

Además, hay que tener en cuenta una cosa que es muy importante: cuando un hombre cae en los sótanos de la Dirección General de Seguridad, que es uno de los centros de más feroces torturas en Madrid, no puede pensar frívolamente que resistirá todas las pruebas, que ni las torturas le harán ser débil ante la policía. Por la refinada crueldad de las torturas, porque sistemáticamente rompen su sueño para debilitarlo puede llegar un instante en que el detenido ya no controla sus propios resortes, y eso obliga a una constante vigilancia de uno mismo.

Yo he pasado tres veces por la Dirección General de Seguridad, tres veces por las torturas, y tengo la experiencia personal de que el hombre que se plantee con facilidad que no va a ser débil ante la policía, pero que no lucha para evitar ser débil, ese hombre está perdido; porque hay que librar esta batalla cada minuto y hay que decirse: ¡no, no y no!, y además pensar en lo que supondría volver a la cárcel y tener que bajar la cabeza ante los compañeros.

Lo decisivo en estos casos, sobre todo, es tener perspectiva política. Mucho depende de cómo se sitúe uno ante la policía. Si se sitúa con un complejo de inferioridad, pensando que ellos son los dueños de la situación, es claro que entonces tiene uno menos posibilidades de enfrentarse con la policía. Pero si uno va a la policía con la seguridad de que representamos hoy fuerzas más poderosas que las suyas, que nosotros representamos el futuro y un presente vivo y que ellos están hoy en pleno retroceso, si

les miramos a los ojos con valentía, vemos que hoy el terror está en **ellos** y no en **nosotros**, que ellos son los que tienen espanto al presente y más aún al porvenir.

Con Lenin en el corazón...

Quiero relatar algo sucedido en la Dirección General de Seguridad en 1943. No es un caso excepcional, sino uno de los muchos que ha habido en las prisiones españolas. En 1943, encontrándome yo en la cárcel de Porlier, en Madrid, cogieron a un compañero en la prisión un ejemplar del periódico manuscrito **Juventud**, dedicado a conmemorar el 1º de Mayo. Sacaron al camarada a «diligencias» (diligencias se llama a ser torturado por la policía) a la Dirección General de Seguridad. Este compañero fue débil y entregó a otro, el siguiente a uno más y así se organizó una pequeña cadena de hombres que salieron a «diligencias».

En la cárcel se conoce todo; por muchas medidas de conspiración que se adopten, es natural que quien vive en la cárcel conozca casi todo cuanto sucede a su alrededor. Nosotros comprendimos inmediatamente la necesidad de cortar aquello. Yo pertenecía entonces a la dirección del Partido en la cárcel, porque era secretario de la Juventud. Discutimos la situación y me ofrecí voluntario para cargar con la responsabilidad por la edición del periódico, aunque no lo había hecho yo. Ya acusado de ser máximo responsable fui llevado también a los calabozos de la Dirección General de Seguridad para ser torturado. Naturalmente, yo me había comprometido ante la dirección del Partido a que no hubiera más salida de gente y lo corté.

La policía, claro está, se puso muy furiosa conmigo y me sometió a crueles torturas. Porque con hacerme yo responsable del periódico no les bastaba; allí había dibujos, distintos tipos de letra y querían que yo les dijera quiénes habían escrito y dibujado, y para ello se lanzaron alocados contra mí. Pero yo no contesté a sus preguntas. Me torturaban tres y cuatro veces al día. Y por las noches me rompían sistemáticamente el sueño para debilitarme. Me tenían encerrado en una celda muy pequeña, la número 19, situada en la parte que llaman «la Siberia», por ser la más apartada y más fría de la Dirección General de Seguridad.

Un día, encontrándome en la celda, vi que por la ventanilla me arrojaban un papel. Yo me acerqué a rastras, como pude, porque estaba materialmente deshecho, y cogí aquel pequeño papel. Era una fotografía de Lenin, arrancada de algún pequeño libro. Yo no sé a quién se le ocurriría mandarme aquella fotografía de Lenin, pero cuando la tuve en mis manos me di cuenta de que ya había ganado la batalla, que ya no podrían conmigo los torturadores. Y todas las noches, cuando yo bajaba de ser torturado, desenterraba la pequeña fotografía y, como si Lenin pudiera comprenderme, le decía: «Mira cómo me han puesto, pero no te preocupes, que estos perros no podrán con nosotros.» Y a mí me parecía que Lenin confiaba en mí, yo miraba aquella pequeña fotografía y me daba la sensación de que él tenía seguridad en mi resistencia.

Yo por nada del mundo me hubiera deshecho de aquella fotografía, pero un día llevaron un nuevo prisionero a la celda número 21; yo le veía pasar por delante de la mía, con los pies a rastras, quejándose a cada paso, echando sangre por los ojos, y me causó muy mala impresión: yo comprendía que aquel hombre estaba al final de su resistencia, que aquel hombre iba a delatar. Y entonces, aunque me costó un gran trabajo, me decidí. Aquella noche tomé en mis manos el pequeño retrato de Lenin, y, como si él pudiera comprender mi sacrificio y mis palabras —claro, yo era un chico, estaba en pleno romanticismo, tenía sólo 22 años—, le hablaba directamente a Lenin y le decía: «Camarada Lenin, por nada del mundo me separaría de tí, pero te necesitan en la celda número 21. No te preocupes por mí, que yo tengo todavía fuerza suficiente para defender al Partido.»

Y al día siguiente, cuando me sacaron de la celda, en un descuido de la policía arrojé la pequeña fotografía por la ventanilla de la celda número 21.

Cuando al otro día vi a aquel compañero que lo sacaban para ser nuevamente torturado, inmediatamente me di cuenta de que en él se había operado el mismo milagro que conmigo: aquel hombre llevaba en sus ojos una luz nueva y tensa, subía a enfrentarse con los verdugos mucho más seguro de sí mismo.

Yo volví a la cárcel, pasaron los años y un día tropecé con este camarada en la prisión de Burgos. Nos dimos a conocer y él me dijo que, en efecto, aquella fotografía lo había salvado. Pero me dijo algo más importante todavía, me dijo que a los tres o cuatro días, cuando él ya se sintió seguro de sí mismo, cogió la fotografía y la arrojó por la ventanilla de la celda vecina para que Lenin

luchase junto a otro comunista que se encontraba también allí detenido.

Yo no sé qué fuerza podía trascender de aquella pequeña fotografía, pero los otros compañeros y yo veíamos en Lenin todo el esfuerzo y la tenacidad de los viejos bolcheviques, el trabajo y la esperanza de los hombres soviéticos, la verdad comunista, y nos sentíamos invencibles.

Mas yo les pido que no vean ustedes esto como un hecho excepcional, lo narro porque al haberlo vivido personalmente lo conozco mejor, pero como éste los hay a centenares. Y además les digo que esta resistencia y todo lo poco que soy y lo poco que puedo valer se lo debo al ejemplo del Partido y a la ayuda que me han prestado siempre los compañeros de prisión.

Que en el corazón de España se levante un monumento a la mujer española

Lo más duro, lo más penoso que nosotros, los presos políticos, hubimos de vivir en el período de encierro, fue la situación de nuestros familiares. Yo he visto a compañeros míos de cárcel, a quienes no derrumbó la pena de muerte, a quienes la tortura no arrancó una sola palabra, hombres que podían soportar 15 ó 20 años de prisión, pero que, sin embargo, salían tambaleándose del locutorio cuando comunicaban con sus mujeres y con sus hijos. Ellos podían soportar su propia tragedia, pero les costaba mucho trabajo soportar el drama que involuntariamente habían causado en sus hogares. Era algo terrible, porque mis compañeros me mostraban las fotografías de sus esposas hechas unos días o unos meses antes de que fueran detenidos, y eran mujeres que estaban en la flor de la vida, con 22, 24 ó 25 años, y luego, al saludarlas en el locutorio cuando venían a comunicar con sus maridos yo veía a unas mujeres deshechas ya por los sacrificios y los sufrimientos, con los cabellos blancos; en fin, eran mujeres que habían dejado muchos años de su vida en las puertas de las cárceles. Hemos pasado años, los 15 ó 18 años primeros, cuando la noche era más dura y más áspera en España, durante los cuales nuestras familias vivían en completo aislamiento y cada día les

traía nuevos sinsabores. La solidaridad tenía los brazos muy cortos entonces y nuestras familias acudían a los locutorios mordiéndose los labios para contener las lágrimas, sin lanzar nunca un reproche, pero nosotros veíamos en sus ojos dolor y pena.

Yo podría contarles, y no acabar nunca, lo que ha sido la noche de nuestras cárceles. Yo podría relatarles la fidelidad y el amor incomparable de nuestras novias y de nuestras esposas; yo podría contar innumerables casos de sacrificio, porque nosotros, los presos políticos españoles, sabemos cuánto debemos a nuestras madres y a nuestras mujeres. Pero me limitaré a relatarles la triste y hermosa historia de Ana Faucha, símbolo del sacrificio de las mujeres españolas.

Ana Faucha era una viejecita que vivía en un pueblo de pescadores de la provincia de Málaga, en Andalucía. No le quedaba en el mundo más que un hijo, preso en la cárcel de Valdenoceda, al norte de Burgos. Esta mujer vivía pidiendo limosna; comprendía que cualquier día se le acabarían las fuerzas, que estaba próxima a la muerte. Pero no quería abandonar este mundo sin despedirse por última vez de su hijo. Como no tenía recursos, decidió ponerse en camino y recorrer a pie toda España para acudir a la cárcel donde se encontraba su hijo, siguiendo las vías del ferrocarril para no perderse, pidiendo limosna por los pueblos que encontraba a su paso. Yo no sé cuántas semanas o cuántos meses tardaría esta pobrecita vieja en llegar a su destino. Pero llegó. Llegó a la ventanilla de comunicaciones de la cárcel y pidió una visita con su hijo. El guardián miró un fichero y le contestó: Señora, usted no puede comunicar con su hijo porque se encuentra en una celda de castigo. Aquella madre no comprendía; no le cabía en la cabeza ni en el corazón que después de haber cruzado toda España para ver a su hijo, no pudiese visitarlo porque estaba castigado. Desde entonces, todos los días se veía deambular a aquella madre en torno a la cárcel, acercarse a los muros y llorar sobre ellos; golpearlos con sus pequeñas manos pálidas, como pidiendo una explicación. Se acercaba ocho o diez veces al día a la ventanilla de comunicaciones para repetir la petición de verse con su hijo. Pero siempre le era denegada.

Yo no sé cuánto tiempo hubiera esperado aquella mujer a las puertas de la cárcel. Pero cruzábamos en España uno de los inviernos más fríos, en el año 1941. Y una madrugada, Ana Faucha amaneció muerta a la puerta de la cárcel, acurrucada, como un pequeño pajarito oscuro, cubierta de nieve, apretando entre sus manos el paquete que inútilmente había ido formando para su hijo.

Dan ganas de gritar: ¡Asesinos! ¡Jamás olvidaremos esta muerte!

Nosotros, los presos políticos españoles, que sabemos cuánto debemos a nuestras madres y a nuestras mujeres, nos hemos propuesto que cuando nuestro país sea libre, se levante en el corazón de España un monumento a la mujer española.

La solidaridad con los presos es un factor eficaz

Durante años enteros nuestras familias han vivido en una gran soledad. Sin embargo, en los últimos tiempos todo ha cambiado para las familias y para los presos. Y ya las mujeres van a los locutorios cargadas de alegría, enseñando la carta que han recibido de tal o cual parte de la tierra, o hablando del paquete que han recibido de Checoslovaquia, la URSS y otros países socialistas, de Francia o de Méjico, o de cualquier otra parte del mundo. Y eso ha repercutido también sobre la moral de los presos.

Es más, cada manifestación de solidaridad con los presos políticos españoles hace que cambie también el estado de ánimo y la actitud de los guardianes hacia los reclusos, ya que esto les da la medida de cómo se nos quiere en todo el mundo. Ahora comprenden nuestra grandeza y valoran nuestro sacrificio. Y hasta la propia dirección de las cárceles se ve obligada a variar su actitud hacia los presos políticos. Cuando llegaron los primeros paquetes del movimiento de solidaridad, los entregaron a los presos. Pero más tarde, la dirección, llena de ira, cortó totalmente esto. Sin embargo, por eso precisamente se vio obligada a elevar el haber de los presos, es decir, a aumentar la asignación que para ropa y comida tienen los presos. He aquí un ejemplo: los obreros de algunas de las fábricas Renault y de otras empresas nos ofrecieron una máquina de cine. La Dirección de Prisiones declaró que no permitiría este envío porque era solidaridad comunista. Pero inmediatamente mandaron un oficio secreto al director de la cárcel ordenándole que hiciera un presupuesto y comprase una máquina de cine.

Mas no se circunscribe a esto la importancia de la solidaridad

con los presos políticos españoles. La solidaridad ayuda a arrancar a los reclusos de las garras de los franquistas. Yo estuve condenado a muerte por dos veces[1]. Estas penas de muerte me fueron conmutadas por 60 años de prisión. Yo hubiera terminado de cumplir mis condenas a finales de siglo. Pero gracias a la solidaridad de mi pueblo y del mundo le he dejado a deber al general Franco unos cuantos años de cárcel. Mi libertad es, pues, consecuencia de la solidaridad internacional. Mas aunque yo he recobrado la libertad, todavía quedan centenares de hermanos míos presos en las cárceles españolas. Son obreros, intelectuales, campesinos, hombres honestos que no han cometido más delito que defender el derecho a la vida y a la libertad de su pueblo. ¡Es increíble que a los 23 años de terminada la guerra civil española y a los 17 de terminada la segunda guerra mundial, aún siga España proyectando la sombra de sus cárceles sobre Europa y sobre el mundo!

El ministro de Injusticia de España, señor Iturmendi, ha declarado no hace mucho que todo marcha bien en nuestro país. Pero ustedes pueden preguntarse: Si todo marcha bien en España, ¿por qué a los 23 años de terminada la guerra civil siguen en pie las leyes de excepción? ¿Por qué es considerado delito de rebelión militar el hecho de participar en una huelga, o tener libertad de pensamiento? ¿Por qué no hay libertad de prensa, ni libertad de expresión, ni derecho de huelga para los trabajadores españoles? ¿Por qué se aplica la tortura como norma para incoar los procesos?

Contra todo esto hay que luchar. Y el golpe principal hay que dirigirlo contra las torturas y los procedimientos terroristas que emplea el franquismo, contra la violación constante de los derechos más elementales del ser humano y contra la violación, también, del espíritu de la Carta fundacional de la ONU.

Los comunistas españoles no tienen sed de venganza. Y lo que más extraña a las gentes que no piensan como nosotros, es que salgamos de la cárcel a la vida, a la libertad, como he salido yo, sin odios, con una perspectiva política trazada hacia el porvenir de nuestro pueblo, hacia la lucha de nuestro pueblo, comprendiendo y aplicando la política de reconciliación nacional que preconiza el Partido Comunista de España. Les extraña, por ejemplo, que hombres que han dejado 23 años de su vida en las cárceles, puedan decir, como lo he hecho yo en varios países de Europa, que

[1] Marcos Ana fue condenado a muerte por primera vez al caer en la cárcel en 1939; la segunda en 1943, cuando el asunto del periódico ilegal *Juventud*, en la cárcel de Porlier.

la amnistía para los presos políticos no debe significar simplemente la liberación de unos centenares de hombres, sino la cancelación de todo un período histórico, acabando con las consecuencias de nuestra guerra civil y llevando la paz y el sosiego a los corazones de todos los españoles.

La movilización de la opinión democrática mundial ha situado al franquismo en posiciones defensivas. La vertiente más natural para la solidaridad del mundo con nosotros es la denuncia constante de los procedimientos de terror, de la tortura; es la lucha por la libertad de los presos políticos, la denuncia de la situación creada por el fascismo en nuestro país. Estamos seguros de que esta solidaridad no nos faltará.

En mis viajes por distintos países del mundo, he podido comprobar que la causa de España vive hondamente enraizada en el corazón de los pueblos. Pero hace falta que esa solidaridad se transforme en algo activo e incontenible, que denuncie los procedimientos terroristas de la dictadura y arranque de las cárceles a los presos políticos. Yo quiero afirmar que nuestro pueblo, el pueblo de España, los presos políticos españoles, y en primer lugar los comunistas, estaremos siempre a la altura que demanda esa solidaridad inolvidable. En nombre de los presos políticos españoles, en nombre de sus mujeres y de sus hijos, en nombre del pueblo español, muchas gracias a todos.

Si mil veces naciera, mil veces volvería a ser comunista...

Durante mis viajes por diferentes países, muchos me han preguntado qué es lo que a mí y a otros comunistas nos había dado fuerzas y energía para mantenernos en la cárcel con dignidad y para luchar, qué es lo que me había dado fuerzas para mantenerme firme en la cárcel durante 23 años de cautiverio, soportando dos veces la pena de muerte y todas las opresiones que la cárcel depara.

La respuesta es sencilla y la repito una vez más. Yo recuerdo que un día, estando en el penal de Ocaña, vino a visitarnos un jesuíta del colegio de Toledo a la galería de condenados a muerte,

donde nos encontrábamos cerca de un millar, en una época en que cada noche se llevaban a 40 ó 50 compañeros para ser fusilados. Aquel sacerdote no podía comprender por qué cantábamos, que tuviéramos aquella alegría y aquel tesón en los ojos. Como yo era el más joven de los condenados a muerte, se acercó a mí y me preguntó.

—¿Usted también está condenado a muerte?

—Sí, señor.

—¿Y cómo a pesar de estar condenado a muerte, cómo a pesar de que esta misma noche, quizá, pudiera usted ser fusilado, tiene esa alegría en los ojos, esa firmeza? ¿Por qué está usted tan seguro de sí mismo?

—Porque soy comunista— le respondí—. Y ese es el secreto de mi resistencia y de la resistencia de miles y miles de españoles.

La única razón, la clave y el secreto de nuestra resistencia, de la resistencia de los presos políticos españoles, está en el Partido, en la organización del Partido y en la fuerza de nuestras ideas. Seguramente, si yo hubiera estado reducido a mis propias fuerzas, a mis energías, es muy probable que no me habrían bastado para soportar estos 23 años de cárcel.

Al Partido, a mis compañeros del Partido les debo todo lo que soy y todo lo que siento. Yo he conocido en la cárcel a hombres que se doblaron, he conocido a hombres que arrojaron su bandera al suelo, que quedaron sin fuerzas en las rodillas, que pensaron que renunciando podrían salvarse; sin embargo, no les quedó más camino que el suicidio o la locura. Aquellos tristes compañeros emprendieron el peor camino. Afortunadamente fueron pocos. Yo he pensado siempre que lo más fácil para nosotros es comportarnos como revolucionarios. Y yo he hecho en la cárcel lo más cómodo para mí: vivir la vida dura, pero la vida noble de un comunista. Yo debo, por lo tanto, mi resistencia moral, la dignidad con que he soportado esos años de cautiverio, sobre todo, a mi condición de comunista, al carnet del Partido, a la ayuda que mi organización y mis compañeros de Partido me prestaron siempre, y especialmente en los momentos más difíciles de mi existencia.

Todo cuanto en la lucha me ha tocado sufrir lo he soportado porque sabía que defendía la causa del Partido, la causa del pueblo. Y quiero afirmar una vez más: **A pesar de mis 23 años de cárcel, aunque he pisado dos veces la raya de la muerte, si mil veces naciera, mil veces volvería a ser comunista.**

Precio: 1 corona